

SEGUNDA SEMANA SOCIAL DE LA PLATA

**Alocución de Su Excelencia Reverendísima, Monseñor Héctor Aguer,
en la Inauguración de la II Semana Social de la Arquidiócesis de La
Plata,
14 de mayo del año dos mil uno.**

Inauguramos hoy, con el favor de Dios, la Segunda Semana Social de la Arquidiócesis de La Plata. Quizás pueda sorprender a muchos el adjetivo numeral que aplicamos para designar este encuentro. Por eso es menester recordar que la Primera Semana Social, organizada por el Arzobispado de La Plata y bendecida por el Papa Juan XXIII, se celebró entre el 19 y 26 de septiembre de 1959. ¡Han pasado más de cuarenta años! Se explica, pues, que se haya apagado el eco de aquellas jornadas que obtuvieron una repercusión extraordinaria en todos los ambientes y en especial entre los trabajadores. También en aquellos días se vivían circunstancias muy duras en nuestro país. La Semana ofreció la posibilidad de un diálogo que resultó descarnado y realista, por momentos apasionado, pero siempre respetuoso y sincero, inspirado en los altos ideales de la Iglesia y de la Patria. Estuvo centrada en la cuestión social; con esta expresión se venía aludiendo, desde los años de la famosa encíclica *Rerum novarum*, al problema de la condición de los obreros en la sociedad configurada por la ideología liberal, en la que su contrahaz, el marxismo-leninismo, introducía la dialéctica revolucionaria. Mi predecesor, Monseñor Antonio José Plaza, que impulsó aquella iniciativa pastoral, había manifestado anteriormente su propósito en estos términos: "No he de ahorrar ningún medio moralmente lícito para que los obreros de mi diócesis retornen a Jesucristo; no habrá poder humano ni disgustos de poderosos que me hagan desistir de esta ardua empresa de caridad que me he impuesto, como primer deber de mi apostolado". He leído con admiración estas palabras, impresas como acápite, en el libro que recoge las actas de aquella Primera Semana Social. No faltaron entonces derivaciones impensadas, a causa de una sistemática desfiguración de los hechos, en un clima de división política y hondos rencores, y por obra de una prensa interesada que pretendió asignar a un acontecimiento pastoral, intenciones y significados de mera política partidaria. Por cierto que las conclusiones de aquellas jornadas de estudio se referían a la actualidad nacional. No podía ser de otra manera, ya que los participantes en su mayoría obreros de la que entonces constituía la principal zona industrial del país analizaron la situación económica vigente a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia. Propusieron una crítica severa a los planes económicos aplicados, y alternativas que llevaban una garantía de objetividad y de justicia, precisamente porque estaban inspiradas en la concepción cristiana del hombre y de la sociedad. Fueron ofrecidas a las autoridades, a los empresarios, a los sindicatos, con la aspiración de contribuir a la paz social, fuertemente

perturbada, y a la concordia de la familia argentina. Lamentablemente, no fueron tenidas en cuenta.

Han transcurrido cuatro décadas y las circunstancias, elementos y factores de nuestra vida social se encuentran muy cambiados respecto a la época en que se desarrolló aquella Primera Semana Social de la Arquidiócesis; sin embargo no es difícil percibir las analogías con nuestra situación actual. Advertir que estamos mal, y quizás peor que entonces, no implica asumir el papel del agorero que predice males o desdichas. Las semejanzas que se pueden señalar se refieren a la increíble vigencia de los mismos principios: subordinación antinatural de la política a la economía, predominio de las finanzas sobre la economía real, subordinación del interés nacional a las exigencias de los organismos internacionales y que se disimula ahora en el encantamiento de la globalización. La aceleración de nuestras crisis, que se han tornado crónicas, la decadencia de las costumbres de nuestra cultura, y de la vida política atrapada por el electoralismo y sometida a la justa desconfianza de los ciudadanos, el progresivo aflojamiento de los vínculos sociales, nos han traído a esta penosa y peligrosa circunstancia. Echamos de menos una renovación profunda de nuestro régimen político y de las instancias de representación; aspiramos a la vigencia de un pensamiento económico genuino y sano, que se fije como prioridad curar las llagas inocultables del cuerpo social; debemos alentar todas las iniciativas de participación que procedan de una auténtica inteligencia política y que estén inspiradas por la honradez y el patriotismo. Es imprescindible asumir la convicción de que sólo la prosecución del bien común de la Nación asegura honestamente el bien particular de sus miembros, grupos y sectores.

Al decidir la realización de esta Segunda Semana Social, hemos querido reanudar un servicio de iluminación y acompañamiento a la sociedad platense y a la región, animados por una firme esperanza: es posible edificar una Argentina mejor; nos debemos a ella, que es nuestra tierra, nuestra casa, nuestra madre.

Nuestro propósito en estos días es presentar algunas líneas fundamentales de la Doctrina Social de la Iglesia y mostrar que se trata de una enseñanza ordenada a la acción. Al elaborar este cuerpo doctrinal y al promover su aplicación, la Iglesia ejercita su misión de intérprete y custodio de toda la ley moral, la que Dios ha impreso en nuestra naturaleza y la que ha revelado en el Decálogo y en el Evangelio. No es una actividad ajena a su misión, enderezada a procurar la salvación eterna de los hombres; se trata, por el contrario, de un servicio pastoral debido al mundo, al que proclama incesantemente la Palabra de Dios y ofrece la gracia que nos hace hijos suyos. Proyectando su acción pastoral al ámbito social, contribuye a preparar la materia del Reino, de una creación renovada en Cristo.

La formulación contemporánea de esta Doctrina Social, que se ha ido elaborando a lo largo de siglos, se encuentra en una serie de encíclicas

memorables, desde *Rerum novarum*, de León XIII, hasta *Centesimus annus*, de Juan Pablo II, en muchos otros documentos pontificios y episcopales, nutridos en la reflexión teológica, y en la praxis pastoral de la Iglesia. Tal como el actual Pontífice lo ha explicado en *Sollicitudo rei socialis*, esta enseñanza pertenece al orden de la teología moral y explicita capítulos centrales de la cosmovisión cristiana: una concepción del hombre como imagen viva de Dios, su vocación trascendente y su misión en el mundo, los criterios éticos que rigen la actividad humana, el trabajo, la familia, el Estado, la política, la economía, las relaciones de justicia en la sociedad. No se trata de una ideología, sino de una sabiduría social que tiene su fuente y fundamento en la fe, y que asume y transfigura el conocimiento que adquirimos del orden establecido en la naturaleza y en el hombre por el Creador.

Tampoco es una teoría impracticable, ni una utopía que renace cada vez que las ideologías se baten en retirada. No proyecta un futuro hipotético, cebándose en la crítica de la sociedad establecida. Podemos aplicarle la valoración y la corrección, que Pablo VI hacía en la carta *Octogesima adveniens*, del pensamiento utópico: "[...] provoca con frecuencia la imaginación prospectiva para percibir a la vez en el presente lo posiblemente ignorado que se encuentra inscrito en él y para orientar hacia un futuro mejor; sostiene además la dinámica social por la confianza que da a las fuerzas inventivas del espíritu y del corazón humano" (37). Si el empeño en el propio esfuerzo, el compromiso en el trabajo social o político, se apoyan en Dios, reciben de él el hábito de la esperanza que, al orientar al hombre hacia el Reino futuro, hacia los cielos nuevos y la tierra nueva, lo impulsa a colaborar en la obra redentora del Señor, que transformará el universo. Tal colaboración se concreta procurando perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, y donde ha de vislumbrarse, según el plan de Dios, el siglo que vendrá (cf. *Gaudium et spes*, 39).

El magisterio reciente de la Iglesia privilegia el principio de solidaridad como clave de nuestra enseñanza social. León XIII desarrollaba la categoría clásica de amistad como base de un recto orden social; Pío XI habló de caridad social, y Pablo VI acuñó la fórmula civilización del amor. Juan Pablo II explicó en su encíclica sobre las nuevas condiciones del desarrollo que la solidaridad no es un sentimiento superficial por los males que afectan a tanta gente, sino "la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos" (*Sollicitudo rei socialis*, 38). La experiencia demuestra qué difícil resulta instaurar una cultura de la solidaridad; se hace preciso triunfar de los obstáculos que impone el egoísmo individual o de sector. En la enseñanza social de la Iglesia, el principio de solidaridad aparece iluminado y potenciado por la paradoja cristiana, según la cual el orden de la justicia, de cuya vigencia plenaria depende la rectitud, armonía y perfección de una sociedad, no puede realizarse cumplidamente sin el espíritu del amor. Hoy más que nunca necesitamos comprender que el camino largo y difícil que conduce a

la justicia no nos llevará hasta la meta si no aspiramos sinceramente a la justicia de Dios, es decir, el don de la salvación en el que se manifiesta la misericordia del Señor y su amor a los hombres. En la superación de la mera justicia por la caridad se asegura la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien de todos, y por consiguiente la consecución en plenitud de una justicia sin exclusiones, que alcance "al más pequeño de mis hermanos" (cf. Mt. 25, 40).

Hablando con propiedad, la Doctrina Social de la Iglesia constituye un cuerpo de verdades y principios de orden ético que tienen su fuente en la Revelación y en la interpretación de la ley natural. A su luz podemos y debemos apreciar las cambiantes situaciones históricas y formular los juicios prácticos y prudenciales que correspondan. Pablo VI encomendaba a las comunidades cristianas analizar objetivamente las situaciones, esclarecerlas a la luz del Evangelio, extraer de la enseñanza del Magisterio principios de reflexión, normas de juicio, directrices de acción en orden a elaborar soluciones concretas para los problemas que afligen a los pueblos. Toda la Iglesia, con el protagonismo privilegiado de los laicos, está implicada en la aplicación de esta enseñanza. Éste es el aporte que los cristianos hacemos a la sociedad y el modo de hacer presente en ella el amor de Cristo. Éste es también el propósito de la Segunda Semana Social de La Plata, preparada con inteligencia y generosidad por mis colaboradores del Área de Pastoral Social Arquidiocesana y cuyo anuncio fue acogido con unánime beneplácito y esperanza por las fuerzas vivas de nuestra comunidad, aquí representadas por todos los presentes. Confiando en la ayuda del Señor y en la intercesión de Nuestra Señora de Luján, declaro inaugurada esta Semana.

Homilía en la Misa de clausura de la Semana Social

Sábado 19 de mayo de 2001, Catedral de La Plata

En esta asamblea litúrgica, con la ofrenda del santo sacrificio de la Eucaristía, que es fuente y culmen de la vida cristiana, queremos concluir las actividades de la Segunda Semana Social de la Arquidiócesis de La Plata. Es justo que lo hagamos así: dando gracias a Dios, consagrándole, con los esfuerzos desplegados, nuestra humilde alabanza por lo que nos ha permitido realizar. Ratificamos ahora nuestra intención: sólo buscamos la gloria del Señor y el bien de nuestros hermanos; deseamos poner nuestro pensamiento, nuestra palabra y nuestra acción al servicio de esta sociedad en la que, por designio de la Providencia, nos corresponde vivir como fieles cristianos y dar testimonio del Evangelio. En momentos en que graves dificultades paralizan a la Argentina, las jornadas de reflexión y diálogo que acabamos de cumplir se resumen en un gesto de piedad para con la Patria, es decir, una expresión del amor entrañable que le debemos. Piedad no es, en este caso, lástima, misericordia, conmiseración, sino veneración, acatamiento y consagración a su servicio.

En estos días hemos considerado algunos temas centrales de la Doctrina Social de la Iglesia: el papel que corresponde a los laicos en su difusión y aplicación, el valor y la centralidad del trabajo, la importancia de los cuerpos intermedios y de su acción en la comunidad para que la sociedad llegue a ser más participativa y solidaria. Quiera Dios que cuantos se han incorporado a los trabajos de esta Semana conserven y acrecienten el deseo de conocer más y mejor el conjunto de la enseñanza social elaborada por la tradición católica, formulada y actualizada incesantemente por el Magisterio pontificio. Dicha enseñanza constituye un aspecto valiosísimo de la visión cristiana del mundo y es parte integrante del contenido de la evangelización, del mensaje cuyo centro es la salvación en Jesucristo; su difusión y aplicación se incorpora a la acción pastoral de la Iglesia, cuya finalidad es específicamente religiosa.

Esta doctrina ofrece un conjunto de posibilidades y perspectivas que hacen de ella un exacto horizonte de comprensión para interpretar los movimientos históricos y para juzgar las cambiantes situaciones de la cultura y de la vida política, económica y social. Decía el Papa Pablo VI que el verdadero cristiano "debe ponerla como base de su prudencia y de su experiencia, para traducirla concretamente en categorías de acción, de participación y de compromiso" (*Evangelii nuntiandi*, 38). En los círculos de estudio que se han reunido todas las tardes se ha ensayado esta metodología de reflexión dialógica, y los participantes se han animado recíproca y fraternalmente a asumir con mayor intensidad la dimensión testimonial de nuestro ser cristiano, tarea tanto más exigida, arriesgada y apasionante cuanto más se extiende en la sociedad la sombra del desánimo, del repliegue individualista, del resentimiento y de la crispación. La caridad, el amor de Cristo, nos demanda ocupar la primera línea en la lucha por el bien común.

Ha sido un modesto ensayo, pero debemos valorarlo como el precioso comienzo de un empeño que deseamos se torne una de las funciones permanentes de la vocación del laicado en nuestra Arquidiócesis. Por ello invito a todos los que han participado en las sesiones de estudio de esta Semana a integrarse a los diversos equipos del Área de Pastoral Social, para concretar un propósito que las circunstancias de la Argentina de hoy y las necesidades de nuestra región cargan de solicitud, de afán y de premura. El programa figura en la Carta Apostólica Octogésima adveniens de Pablo VI: "Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia [...]. A estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que se considera de urgente necesidad en cada caso" (OA, 3). Y recomendaba el Papa, como algo primordial para inspirar el esfuerzo requerido por la promoción de tales transformaciones,

renovar la confianza en la fuerza y en la originalidad de las exigencias evangélicas.

En las palabras que acabo de citar se encuentra descrito el método a seguir en la aplicación de la Doctrina Social Católica, un camino en el que no se puede rehuir la acción ni sustraer el espíritu combativo. Juan Pablo II reconoce, en su Encíclica *Centesimus annus*, que se abre hoy un vasto y fecundo campo de acción y de lucha, en nombre de la justicia, contra un sistema económico que asegura el predominio absoluto del capital respecto a la libre subjetividad del trabajo del hombre. En esta lucha se debe evitar el error de propugnar la falsa y fracasada alternativa del sistema socialista; el ideal propuesto por el Papa es una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación (cf. CA, 35).

A esta acción esclarecida y perseverante convoco al laicado católico de la Arquidiócesis. La respuesta plena y generosa será el fruto más eximio de la Segunda Semana Social cuya conclusión estamos celebrando.

Es menester recordar siempre y asumir en consecuencia el fundamento y la motivación eminentemente religiosa de esta tarea. Cito una vez más palabras de Pablo VI en su Exhortación acerca de la evangelización del mundo contemporáneo: "La Iglesia considera ciertamente importante y urgente la edificación de estructuras más humanas, más justas, más respetuosas de los derechos de la persona, menos opresivas y menos avasalladoras; pero es consciente de que aun las mejores estructuras, los sistemas más idealizados, se convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones inhumanas del hombre no son sanadas, si no hay una conversión de corazón y de mente por parte de quienes viven en esas estructuras o las rigen" (EN, 36).

También en nuestro caso -es menester reconocerlo-, de la plenitud y vigor de nuestra vida en Cristo, de nuestra fidelidad al Evangelio, de la coherencia de nuestra conducta con la fe, de nuestro fervor de caridad, debe nutrirse el servicio que deseamos brindar a la sociedad cuya suerte y destino compartimos. Las palabras de exhortación y de consuelo que como despedida Jesús dirigió a sus apóstoles, y que hoy la Iglesia, en la liturgia del VI domingo de Pascua (cf. Jn. 14, 23-29), proclama para robustecer nuestras certezas, describen la fuente a la vez íntima y desbordante de nuestro compromiso. Porque guardamos con fidelidad la palabra de Cristo, que es la del Padre, ambos se hacen nuestro huésped y nos enriquecen con su silenciosa y realísima presencia; el Espíritu Santo nos descubre la verdad total y actualiza en nuestro corazón el mensaje del Evangelio; el don de la paz, que recibimos de Cristo, es nuestra fortaleza para vencer temor y cobardía. En la comunión de la Iglesia encontramos el modelo y el estímulo de la amistad social que nos proponemos vivir y propagar. En la oración honda y fecunda, en la activísima pasividad de la contemplación, se nutre el compromiso cristiano. Que el Señor preceda y sostenga con su gracia estos propósitos que él mismo nos inspira.



CONSEJO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y CIENCIAS HUMANAS

CIPIH (UNESCO)

25° ASAMBLEA GENERAL ARGENTINA 2000 CONGRESO INTERNACIONAL

MIRADA DEL OTRO, MIRADA SOBRE EL OTRO

BUENOS AIRES, ARGENTINA

Conferencia expuesta en la Sesión Plenaria

del 27 de septiembre de 2000

(Centro Cultural General San Martín)

La cultura del otro en un mundo globalizado

por Fernando A. de Estrada

Desde que Thomas Hobbes formulara la famosa figura según la cual "el hombre es el lobo del hombre", esta pesimista premisa no ha abandonado el ámbito del pensamiento político. Aunque para Hobbes se trataba principalmente de una construcción lógica para fundamentar la teoría del Contrato Social, no faltan datos históricos y antropológicos que parecen justificar, por lo menos parcialmente, aquella sombría conjetura acerca de los orígenes de las relaciones humanas.

Por lo menos, así se desprende de la descripción de la Ciudad Antigua que debemos a Fustel de Coulanges, quien refiere en su clásica obra:

"La religión no decía al hombre, al mostrarle otro hombre: he ahí a tu hermano. Le decía: he ahí un extranjero: no puede participar en los actos religiosos de tu hogar; no puede acercarse a la tumba de tu familia, tiene otros dioses y no puede unirse contigo mediante una oración común; tus dioses rechazan su adoración y le miran como a un enemigo; es también tu enemigo".

En sentido coincidente, Toynbee destaca cómo durante la mayor parte del tiempo histórico "cada una de las regiones en que estaba dividida la humanidad recorrió independientemente su propio camino. El aislamiento y la diferenciación predominaron sobre el intercambio y la asimilación. Las civilizaciones regionales coexistieron sin mezclarse".

Esta dispersión señalada por Toynbee alcanzaba por igual a las civilizaciones y a las demás formas de cultura, celosas todas por profundizar sus características específicas, separándose así de sus congéneres con distancias espirituales más insuperables que las geográficas. El "nosotros" de la ciudad antigua, fuera ésta imperial o aldeana, suponía también habitar el centro del mundo, mientras "los otros" pertenecían a las oscuridades exteriores donde servían a los demonios.

Sin embargo, de modo paralelo a esa versión política del concepto darwinista de la lucha por la vida, la humanidad ha pujado en pos de formas de sociabilidad inclusivas y generosas, en definitiva superadoras de un talante más propio de animales de presa que de criaturas humanas.

Reconociendo las dificultades que se plantean cuando se quiere precisar el comienzo de esta otra actitud, tanto Karl Jaspers como Eric Voegelin se han atrevido a ubicarlo en el siglo VI antes de Cristo, época a la cual Jaspers califica de "tiempo eje" y que Voegelin describe como el momento en que el hombre abandona la interpretación solamente cosmológica de la realidad y salta dentro de la comprensión de su propio ser.

En palabras de Jaspers, "en este tiempo se concentran y coinciden multitud de hechos extraordinarios. En China viven Confucio y Lao-Tsé; en la India surge Buda; en el Irán enseña Zaratustra; en Palestina aparecen los profetas, desde Elías hasta Isaías y Jeremías. En Grecia encontramos a Homero, a los filósofos y a los trágicos... En esa época se constituyen las categorías fundamentales con las cuales todavía pensamos, y se inician las religiones mundiales de las cuales todavía viven los hombres. En todos los sentidos se pone el pie en lo universal".

En nuestra cultura occidental esa gran revolución del "tiempo eje" aparece plasmada en la idea del Logos, y en la posibilidad que el hombre tiene de participar de él. El Logos es razón del orden universal para los paganos, y es Dios mismo para los cristianos. En el Logos residen la Verdad, la Belleza y la Bondad. La participación en el Logos es la esencia del hombre, es decir, aquello que lo hace hombre. Se trata por ello de algo universal, que no puede quedar apropiado por una ciudad, ni por un imperio, porque corresponde a la totalidad de los hombres.

Las realidades sociales siempre registran con retraso e imperfección los grandes avances del espíritu, pero nunca son independientes de éstos. Ya en tiempos de Alejandro Magno cunde la palabra "oikoumené"; ésta significaba

originariamente "la parte habitada del mundo", pero las conquistas macedónicas cambiaron su sentido relacionándolo con las regiones ganadas a la cultura helenística. Si bien se reducía en su contenido geográfico, en cambio ganaba el concepto de lo ecuménico en cuanto implicaba la pertenencia a una patria espiritual superior al mundo de la polis, patria a la cual se podía ingresar, más que por los lazos de la sangre y de los lares, por la comunión en los ideales de lo humano.

Imbuido de este espíritu podía Cicerón, ya en el siglo I antes de Cristo, expresar los siguientes nobles pensamientos:

"Un hombre, por el hecho mismo de que es hombre, no debe ser visto como un extraño por el otro...Estamos naturalmente dotados para la relación y la asociación con los otros hombres y para constituir una comunidad natural con todos ellos".

Algunos siglos después, a finales del imperio romano de Occidente, los avances unificadores de la filosofía y del cristianismo encontraban expresión en estas palabras del poeta Prudencio escritas en el año 388:

"Al presente, se vive en todo el universo como si ya no hubiese más que ciudadanos de la misma ciudad, padres que habitan juntos la casa familiar. Se llega desde los países más lejanos, desde las riberas que separa el mar, trayendo sus asuntos a los mismos tribunales y sometiéndose a las mismas leyes. Gentes extrañas entre sí por el nacimiento se congregan en los mismos lugares, atraídos por el comercio y las artes; concluyen alianzas y se unen por medio de matrimonios. Así es como la sangre de unos y otros se mezcla, y como de tantas naciones se ha formado un solo pueblo".

Tales palabras, aunque justificadas por los acontecimientos que les eran contemporáneos, no tardaron en perder su actualidad a causa de las invasiones germánicas. De todos modos, se referían solamente a la cuenca del Mediterráneo, sin reflejar realidades más distantes. Deberían transcurrir mil años para que todas las partes del mundo habitado -la auténtica "oikoumené"- se pusieran en contacto permanente, como consecuencia de los adelantos de la náutica.

Tal aproximación de culturas y civilizaciones no siempre fue pacífica, y quedó relativamente completado apenas en la segunda mitad del siglo XIX. Dado que el impulso central procedió de los pueblos europeos, el proceso es conocido con el nombre de Occidentalización, la cual en muchos casos equivalió a colonialismo. Sin embargo, el protagonismo inicial de Occidente caracterizado por su superioridad comercial y militar no pudo evitar la influencia cultural de sus asociados; el diálogo referido a los valores espirituales de cada parte resultó inevitable, y con él vino la estima por el otro y por sus diferencias cuando se

observó que éstas no constituían barreras infranqueables para una convivencia enriquecedora.

La posibilidad de un ecumenismo o universalismo que abarque efectivamente a toda la humanidad es desde entonces una esperanza que se trata de realizar a partir del respeto de las partes con la realización de un orden internacional con objetivos comunes. Iniciativas como la Sociedad de las Naciones y la Organización de las Naciones Unidas son hitos en esa búsqueda de armonía todavía no alcanzada aunque ya previsible.

Este camino que debe ser transitado cuidadosamente y observando la delicadeza que requiere la compatibilidad de legados culturales tan ricos y diversos parecería haberse simplificado muchísimo, si aceptáramos que ha aparecido un fenómeno llamado globalización capaz de efectuar tal milagro.

¿En qué consiste esta globalización? Según Alain Touraine existen cuatro rasgos que la caracterizan. Ellos son: 1) la producción, difusión y consumo mundial de información; 2) la formación de una red financiera internacional; 3) la generalización del desarrollo, y 4) la "americanización" del mundo.

Pero el mismo Touraine comenta que todo esto es "una representación ideológica y transitoria, un cuadro que se ha formado a partir de elementos dispares, mezclados arbitrariamente, pues no estamos en un mundo global sino en un mundo conectado en las finanzas y en la información, y fragmentado en lo cultural y en lo político; el futuro será la reintroducción de modelos a niveles nacional, social, de clase, de etnia y de religión".

Algo similar señala Samuel Huntington cuando escribe: "La modernización económica y social no está produciendo ni una civilización universal en sentido significativo, ni la occidentalización de las sociedades no occidentales". Esta cita, tomada del libro "El Choque de Civilizaciones", obliga a ser cauto antes de dar la respuesta afirmativa que los entusiastas seguidores de la globalización pretenden arrancarnos, como si un nuevo "tiempo eje" se hubiera acabado de inaugurar.

Al igual que el norteamericano Huntington y el francés Touraine, son muchos los autores contemporáneos de distintas nacionalidades para quienes la idea de un Nuevo Orden Mundial homogéneo, está muy lejos de reflejar la realidad actual, caracterizada por la diversidad de naciones y culturas que pugnan por hacer valer sus respectivas identidades. Los adelantos de la informática no han alterado esa tendencia, a pesar de que lo acontecido en un lugar del mundo puede ser conocido casi instantáneamente en sus antípodas y a pesar también de que los mercados financieros giran valores de todo el planeta sin un momento de pausa.

En realidad, a eso se reduce la globalización (aunque no sea poca cosa). La información, por otra parte, suele sufrir retaceos y manipulaciones que comprometen su credibilidad aunque sea simultánea al hecho del cual se ocupa. Donde la globalización ejerce, sí, su auténtico poder es en el manejo financiero, ámbito en el cual se trafican valores económicos extraordinarios, existentes o no, entre operadores que de uno a otro continente se transmiten sus especulaciones hasta girar sumas que exceden en más de cien veces al valor de los bienes y servicios concretos que produce la humanidad.

Los grupos involucrados en esta globalización financiera disponen de los recursos genuinos de los países más diversos, donde nadie arriesga su dinero en inversiones productivas de poco rédito si se le ofrecen los succulentos intereses con que tienta la especulación financiera mientras muestra sus portafolios de bonos esparcidos por el mundo.

Pero quizás se diga que a través de la globalización financiera se está llegando a la globalización económica. Ello implicaría por lo menos dos clases de igualdades; una, entre regiones, y otra, entre personas.

Veamos qué opina al respecto el economista liberal Michel Albert, por cierto nada crítico de la realidad contemporánea: "Entre un 80 y un 85 % del comercio internacional se da entre países desarrollados. El 30 % del comercio francés es con el exterior; el 70 % dentro de la Unión Europea". Y por su parte Jacques Delors y Raymond Barre, en un artículo firmado por ambos en 1997, expresan a su vez: "Los países de la Unión Europea concretan entre ellos dos tercios de sus intercambios externos".

Porcentajes similares se dan en Estados Unidos y Japón, cuyas exportaciones e importaciones se desplazan en abrumadora mayoría entre los países desarrollados. Queda por señalar que estas mercaderías representan a su vez una proporción bastante baja de sus respectivos productos, pues el principal destinatario de los mismos es el mercado interno. Lo que queda de la inmensa producción de los países desarrollados representa apenas un 10 %, que es la cuota de globalización a que tienen acceso las poblaciones de América Latina, África y la mayor parte de Asia, miles de millones de seres humanos a quienes en cambio se les requiere que trabajen menos para el consumo propio que para exportar y así recaudar divisas con las cuales pagar sus deudas externas.

Con esto, ya queda dicho algo de la situación de las personas en el mundo supuestamente globalizado. Pero abundemos en el punto con un testimonio calificado: "Hoy el número de nuestros clientes asciende a 4.700 millones de personas de más de cien países. De ellos, 3.000 millones viven con menos de dos dólares al día; 1.300 millones subsisten con menos de un dólar diario; 100 millones pasan hambre todos los días, y 150 millones nunca han tenido la posibilidad de asistir a la escuela". Así se expresó James Wolfensohn, presidente del Banco Mundial, ante la Junta de Gobernadores de esa institución en Hong

Kong el 23 de septiembre de 1997.

¿Será posible que 1.300 millones de personas sobrevivan con menos de treinta dólares mensuales? La lógicamente negativa respuesta se vuelve compatible con la subsistencia de estos desposeídos y de los que duplican su ingreso a causa de que unos y otros están fuera de la economía dineraria, que toman directamente los frutos de la madre naturaleza o recogen los despojos que los menos pobres echan a la basura de las grandes ciudades, o que perciben algún dinero no computado en las estadísticas oficiales porque proceden del crimen o de la prostitución, o porque la cuota de consumismo que les ha respetado la globalización es la asistencia de organizaciones de caridad y la limosna de las almas buenas.

En lo que hemos visto de la globalización poco se refiere a cultura y política y poco también a la economía como actividad generadora de bienes para todos. Cuando Henry Kissinger escribe que el sistema internacional del siglo XXI exhibirá por una parte globalización y por la otra fragmentación, le queda por agregar que existe también una fragmentación social que acompaña a la globalización en todo el planeta. Es la fragmentación entre el 20 % de la población mundial incluida en los famosos "mercados" y el 80 % restante que sólo cuenta como una molestia demográfica. Es la oposición generada ineluctablemente por el sistema de la economía fundada en la especulación y no en la producción, basada en las deudas internacionales y no en el progreso social de toda la humanidad.

Las grandes oportunidades de comunicación cultural que ofrece la tecnología contemporánea corren también peligro de frustrarse a causa de la globalización, aunque esta afirmación parezca paradójica. En efecto, el imprescindible diálogo entre naciones y civilizaciones requiere serenidad y sinceridad, virtudes ausentes en los "mass media" cuando en éstos, como es habitual, se privilegia la banalización y la caricaturización de lo exótico, del otro. Quizás se trata de entretenimientos con intenciones inofensivas, aunque siempre lucrativas, pero cuya consecuencia es profundizar los mutuos desconocimientos. Y también los desconocimientos de las propias identidades, que al diluirse se llevan los tesoros culturales de la humanidad y dejan la escena librada a la uniformidad mediocre y estéril de la globalización.

Un panegirista de la globalización ha celebrado este proceso de despersonalización y lo ha llamado el fin de la Historia. Con fría coherencia ha expresado que con la clausura de las culturas históricas los hombres no tendrían grandes causas por las que luchar. "El fin de la historia significará el fin tanto del arte como de la filosofía", afirma, "y por tanto de la actividad de la propia vida. Ya no será posible crear el gran arte que se proponía capturar las más altas aspiraciones de una era, como la *Ilíada* de Homero, las Madonas de Miguel Ángel o Leonardo, o el Buda gigante de Kamakura, pues ya no habría nuevas eras ni rasgos especiales del espíritu humano para que los artistas los

captaran". Y como conclusión desesperada a la par que aceptada, resume: "Los hombres, en otras palabras, volverían a ser animales".

La globalización, lejos de reunir a los pueblos en los valores humanos comunes, habría acabado con la noción de humanidad después de deshacer la vida cultural, la vida política y la vida económica. Estaremos entonces mucho más distantes de la meta de la "oikoumené" que en los tiempos de Cicerón, cuando este filósofo exhortaba a que mediante el cultivo de la razón los hombres mantuviéramos nuestra superioridad sobre las bestias.

Encuentros como éste en que participamos son también exhortaciones para que a través de la apreciación de la diversidad cultural entre razas y naciones consolidemos los valores humanos comunes que nos permitirán seguir haciendo Historia y seguir siendo humanos.



CONSEJO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y CIENCIAS HUMANAS

CIPIH (UNESCO)

25° ASAMBLEA GENERAL ARGENTINA 2000 CONGRESO INTERNACIONAL

MIRADA DEL OTRO, MIRADA SOBRE EL OTRO

BUENOS AIRES, ARGENTINA

Conferencia expuesta en la Sesión Plenaria

del 27 de septiembre de 2000

(Centro Cultural General San Martín)

La cultura del otro en un mundo globalizado

por Fernando A. de Estrada

Desde que Thomas Hobbes formulara la famosa figura según la cual "el hombre es el lobo del hombre", esta pesimista premisa no ha abandonado el ámbito del pensamiento político. Aunque para Hobbes se trataba principalmente de una construcción lógica para fundamentar la teoría del Contrato Social, no faltan datos históricos y antropológicos que parecen justificar, por lo menos parcialmente, aquella sombría conjetura acerca de los orígenes de las relaciones humanas.

Por lo menos, así se desprende de la descripción de la Ciudad Antigua que debemos a Fustel de Coulanges, quien refiere en su clásica obra:

"La religión no decía al hombre, al mostrarle otro hombre: he ahí a tu hermano. Le decía: he ahí un extranjero: no puede participar en los actos religiosos de tu hogar; no puede acercarse a la tumba de tu familia, tiene otros dioses y no puede unirse contigo mediante una oración común; tus dioses rechazan su adoración y le miran como a un enemigo; es también tu enemigo".

En sentido coincidente, Toynbee destaca cómo durante la mayor parte del tiempo histórico "cada una de las regiones en que estaba dividida la humanidad recorrió independientemente su propio camino. El aislamiento y la diferenciación predominaron sobre el intercambio y la asimilación. Las civilizaciones regionales coexistieron sin mezclarse".

Esta dispersión señalada por Toynbee alcanzaba por igual a las civilizaciones y a las demás formas de cultura, celosas todas por profundizar sus características específicas, separándose así de sus congéneres con distancias espirituales más insuperables que las geográficas. El "nosotros" de la ciudad antigua, fuera ésta imperial o aldeana, suponía también habitar el centro del mundo, mientras "los otros" pertenecían a las oscuridades exteriores donde servían a los demonios.

Sin embargo, de modo paralelo a esa versión política del concepto darwinista de la lucha por la vida, la humanidad ha pujado en pos de formas de sociabilidad inclusivas y generosas, en definitiva superadoras de un talante más propio de animales de presa que de criaturas humanas.

Reconociendo las dificultades que se plantean cuando se quiere precisar el comienzo de esta otra actitud, tanto Karl Jaspers como Eric Voegelin se han atrevido a ubicarlo en el siglo VI antes de Cristo, época a la cual Jaspers califica de "tiempo eje" y que Voegelin describe como el momento en que el hombre abandona la interpretación solamente cosmológica de la realidad y salta dentro de la comprensión de su propio ser.

En palabras de Jaspers, "en este tiempo se concentran y coinciden multitud de hechos extraordinarios. En China viven Confucio y Lao-Tsé; en la India surge Buda; en el Irán enseña Zaratustra; en Palestina aparecen los profetas, desde Elías hasta Isaías y Jeremías. En Grecia encontramos a Homero, a los filósofos y a los trágicos... En esa época se constituyen las categorías fundamentales con las cuales todavía pensamos, y se inician las religiones mundiales de las cuales todavía viven los hombres. En todos los sentidos se pone el pie en lo universal".

En nuestra cultura occidental esa gran revolución del "tiempo eje" aparece plasmada en la idea del Logos, y en la posibilidad que el hombre tiene de participar de él. El Logos es razón del orden universal para los paganos, y es Dios mismo para los cristianos. En el Logos residen la Verdad, la Belleza y la Bondad. La participación en el Logos es la esencia del hombre, es decir, aquello que lo hace hombre. Se trata por ello de algo universal, que no puede quedar apropiado por una ciudad, ni por un imperio, porque corresponde a la totalidad de los hombres.

Las realidades sociales siempre registran con retraso e imperfección los grandes avances del espíritu, pero nunca son independientes de éstos. Ya en tiempos de Alejandro Magno cunde la palabra "oikoumené"; ésta significaba

originariamente "la parte habitada del mundo", pero las conquistas macedónicas cambiaron su sentido relacionándolo con las regiones ganadas a la cultura helenística. Si bien se reducía en su contenido geográfico, en cambio ganaba el concepto de lo ecuménico en cuanto implicaba la pertenencia a una patria espiritual superior al mundo de la polis, patria a la cual se podía ingresar, más que por los lazos de la sangre y de los lares, por la comunión en los ideales de lo humano.

Imbuido de este espíritu podía Cicerón, ya en el siglo I antes de Cristo, expresar los siguientes nobles pensamientos:

"Un hombre, por el hecho mismo de que es hombre, no debe ser visto como un extraño por el otro...Estamos naturalmente dotados para la relación y la asociación con los otros hombres y para constituir una comunidad natural con todos ellos".

Algunos siglos después, a finales del imperio romano de Occidente, los avances unificadores de la filosofía y del cristianismo encontraban expresión en estas palabras del poeta Prudencio escritas en el año 388:

"Al presente, se vive en todo el universo como si ya no hubiese más que ciudadanos de la misma ciudad, padres que habitan juntos la casa familiar. Se llega desde los países más lejanos, desde las riberas que separa el mar, trayendo sus asuntos a los mismos tribunales y sometiéndose a las mismas leyes. Gentes extrañas entre sí por el nacimiento se congregan en los mismos lugares, atraídos por el comercio y las artes; concluyen alianzas y se unen por medio de matrimonios. Así es como la sangre de unos y otros se mezcla, y como de tantas naciones se ha formado un solo pueblo".

Tales palabras, aunque justificadas por los acontecimientos que les eran contemporáneos, no tardaron en perder su actualidad a causa de las invasiones germánicas. De todos modos, se referían solamente a la cuenca del Mediterráneo, sin reflejar realidades más distantes. Deberían transcurrir mil años para que todas las partes del mundo habitado -la auténtica "oikoumené"- se pusieran en contacto permanente, como consecuencia de los adelantos de la náutica.

Tal aproximación de culturas y civilizaciones no siempre fue pacífica, y quedó relativamente completado apenas en la segunda mitad del siglo XIX. Dado que el impulso central procedió de los pueblos europeos, el proceso es conocido con el nombre de Occidentalización, la cual en muchos casos equivalió a colonialismo. Sin embargo, el protagonismo inicial de Occidente caracterizado por su superioridad comercial y militar no pudo evitar la influencia cultural de sus asociados; el diálogo referido a los valores espirituales de cada parte resultó inevitable, y con él vino la estima por el otro y por sus diferencias cuando se

observó que éstas no constituían barreras infranqueables para una convivencia enriquecedora.

La posibilidad de un ecumenismo o universalismo que abarque efectivamente a toda la humanidad es desde entonces una esperanza que se trata de realizar a partir del respeto de las partes con la realización de un orden internacional con objetivos comunes. Iniciativas como la Sociedad de las Naciones y la Organización de las Naciones Unidas son hitos en esa búsqueda de armonía todavía no alcanzada aunque ya previsible.

Este camino que debe ser transitado cuidadosamente y observando la delicadeza que requiere la compatibilidad de legados culturales tan ricos y diversos parecería haberse simplificado muchísimo, si aceptáramos que ha aparecido un fenómeno llamado globalización capaz de efectuar tal milagro.

¿En qué consiste esta globalización? Según Alain Touraine existen cuatro rasgos que la caracterizan. Ellos son: 1) la producción, difusión y consumo mundial de información; 2) la formación de una red financiera internacional; 3) la generalización del desarrollo, y 4) la "americanización" del mundo.

Pero el mismo Touraine comenta que todo esto es "una representación ideológica y transitoria, un cuadro que se ha formado a partir de elementos dispares, mezclados arbitrariamente, pues no estamos en un mundo global sino en un mundo conectado en las finanzas y en la información, y fragmentado en lo cultural y en lo político; el futuro será la reintroducción de modelos a niveles nacional, social, de clase, de etnia y de religión".

Algo similar señala Samuel Huntington cuando escribe: "La modernización económica y social no está produciendo ni una civilización universal en sentido significativo, ni la occidentalización de las sociedades no occidentales". Esta cita, tomada del libro "El Choque de Civilizaciones", obliga a ser cauto antes de dar la respuesta afirmativa que los entusiastas seguidores de la globalización pretenden arrancarnos, como si un nuevo "tiempo eje" se hubiera acabado de inaugurar.

Al igual que el norteamericano Huntington y el francés Touraine, son muchos los autores contemporáneos de distintas nacionalidades para quienes la idea de un Nuevo Orden Mundial homogéneo, está muy lejos de reflejar la realidad actual, caracterizada por la diversidad de naciones y culturas que pugnan por hacer valer sus respectivas identidades. Los adelantos de la informática no han alterado esa tendencia, a pesar de que lo acontecido en un lugar del mundo puede ser conocido casi instantáneamente en sus antípodas y a pesar también de que los mercados financieros giran valores de todo el planeta sin un momento de pausa.

En realidad, a eso se reduce la globalización (aunque no sea poca cosa). La información, por otra parte, suele sufrir retaceos y manipulaciones que comprometen su credibilidad aunque sea simultánea al hecho del cual se ocupa. Donde la globalización ejerce, sí, su auténtico poder es en el manejo financiero, ámbito en el cual se trafican valores económicos extraordinarios, existentes o no, entre operadores que de uno a otro continente se transmiten sus especulaciones hasta girar sumas que exceden en más de cien veces al valor de los bienes y servicios concretos que produce la humanidad.

Los grupos involucrados en esta globalización financiera disponen de los recursos genuinos de los países más diversos, donde nadie arriesga su dinero en inversiones productivas de poco rédito si se le ofrecen los succulentos intereses con que tienta la especulación financiera mientras muestra sus portafolios de bonos esparcidos por el mundo.

Pero quizás se diga que a través de la globalización financiera se está llegando a la globalización económica. Ello implicaría por lo menos dos clases de igualdades; una, entre regiones, y otra, entre personas.

Veamos qué opina al respecto el economista liberal Michel Albert, por cierto nada crítico de la realidad contemporánea: "Entre un 80 y un 85 % del comercio internacional se da entre países desarrollados. El 30 % del comercio francés es con el exterior; el 70 % dentro de la Unión Europea". Y por su parte Jacques Delors y Raymond Barre, en un artículo firmado por ambos en 1997, expresan a su vez: "Los países de la Unión Europea concretan entre ellos dos tercios de sus intercambios externos".

Porcentajes similares se dan en Estados Unidos y Japón, cuyas exportaciones e importaciones se desplazan en abrumadora mayoría entre los países desarrollados. Queda por señalar que estas mercaderías representan a su vez una proporción bastante baja de sus respectivos productos, pues el principal destinatario de los mismos es el mercado interno. Lo que queda de la inmensa producción de los países desarrollados representa apenas un 10 %, que es la cuota de globalización a que tienen acceso las poblaciones de América Latina, África y la mayor parte de Asia, miles de millones de seres humanos a quienes en cambio se les requiere que trabajen menos para el consumo propio que para exportar y así recaudar divisas con las cuales pagar sus deudas externas.

Con esto, ya queda dicho algo de la situación de las personas en el mundo supuestamente globalizado. Pero abundemos en el punto con un testimonio calificado: "Hoy el número de nuestros clientes asciende a 4.700 millones de personas de más de cien países. De ellos, 3.000 millones viven con menos de dos dólares al día; 1.300 millones subsisten con menos de un dólar diario; 100 millones pasan hambre todos los días, y 150 millones nunca han tenido la posibilidad de asistir a la escuela". Así se expresó James Wolfensohn, presidente del Banco Mundial, ante la Junta de Gobernadores de esa institución en Hong

Kong el 23 de septiembre de 1997.

¿Será posible que 1.300 millones de personas sobrevivan con menos de treinta dólares mensuales? La lógicamente negativa respuesta se vuelve compatible con la subsistencia de estos desposeídos y de los que duplican su ingreso a causa de que unos y otros están fuera de la economía dineraria, que toman directamente los frutos de la madre naturaleza o recogen los despojos que los menos pobres echan a la basura de las grandes ciudades, o que perciben algún dinero no computado en las estadísticas oficiales porque proceden del crimen o de la prostitución, o porque la cuota de consumismo que les ha respetado la globalización es la asistencia de organizaciones de caridad y la limosna de las almas buenas.

En lo que hemos visto de la globalización poco se refiere a cultura y política y poco también a la economía como actividad generadora de bienes para todos. Cuando Henry Kissinger escribe que el sistema internacional del siglo XXI exhibirá por una parte globalización y por la otra fragmentación, le queda por agregar que existe también una fragmentación social que acompaña a la globalización en todo el planeta. Es la fragmentación entre el 20 % de la población mundial incluida en los famosos "mercados" y el 80 % restante que sólo cuenta como una molestia demográfica. Es la oposición generada ineluctablemente por el sistema de la economía fundada en la especulación y no en la producción, basada en las deudas internacionales y no en el progreso social de toda la humanidad.

Las grandes oportunidades de comunicación cultural que ofrece la tecnología contemporánea corren también peligro de frustrarse a causa de la globalización, aunque esta afirmación parezca paradójica. En efecto, el imprescindible diálogo entre naciones y civilizaciones requiere serenidad y sinceridad, virtudes ausentes en los "mass media" cuando en éstos, como es habitual, se privilegia la banalización y la caricaturización de lo exótico, del otro. Quizás se trata de entretenimientos con intenciones inofensivas, aunque siempre lucrativas, pero cuya consecuencia es profundizar los mutuos desconocimientos. Y también los desconocimientos de las propias identidades, que al diluirse se llevan los tesoros culturales de la humanidad y dejan la escena librada a la uniformidad mediocre y estéril de la globalización.

Un panegirista de la globalización ha celebrado este proceso de despersonalización y lo ha llamado el fin de la Historia. Con fría coherencia ha expresado que con la clausura de las culturas históricas los hombres no tendrían grandes causas por las que luchar. "El fin de la historia significará el fin tanto del arte como de la filosofía", afirma, "y por tanto de la actividad de la propia vida. Ya no será posible crear el gran arte que se proponía capturar las más altas aspiraciones de una era, como la *Ilíada* de Homero, las Madonas de Miguel Ángel o Leonardo, o el Buda gigante de Kamakura, pues ya no habría nuevas eras ni rasgos especiales del espíritu humano para que los artistas los

captaran". Y como conclusión desesperada a la par que aceptada, resume: "Los hombres, en otras palabras, volverían a ser animales".

La globalización, lejos de reunir a los pueblos en los valores humanos comunes, habría acabado con la noción de humanidad después de deshacer la vida cultural, la vida política y la vida económica. Estaremos entonces mucho más distantes de la meta de la "oikoumené" que en los tiempos de Cicerón, cuando este filósofo exhortaba a que mediante el cultivo de la razón los hombres mantuviéramos nuestra superioridad sobre las bestias.

Encuentros como éste en que participamos son también exhortaciones para que a través de la apreciación de la diversidad cultural entre razas y naciones consolidemos los valores humanos comunes que nos permitirán seguir haciendo Historia y seguir siendo humanos.



"SOCIEDAD INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO"

Capítulo Buenos Aires.

* Alfredo E. Allende

1°.- Es legítimo preguntarse por qué hay políticos, economistas, sociólogos, que se toman tan a pecho el problema de la deuda externa cuando no parece ser éste el tema dominante, por lo menos en la vida cotidiana de los argentinos, como lo es el de la desocupación, o el de la miseria, o el de la corrupción, o el de la inseguridad. Antes de entrar en la materia específica, creo que nos vienen muy bien algunas reflexiones de Santo Tomás de Aquino que vayan dando un cuadro conceptual de unidad y criterio a la exposición.

En "La Monarquía", capítulo 4° de su segunda parte, hay una clave que responde el interrogante y a la que me aferro. Santo Tomás entiende que dos cosas se requieren para que un hombre viva virtuosamente: **"la principal, que obre virtuosamente"...** **"la secundaria e instrumental consiste en la suficiencia de los bienes corporales, cuyo uso se necesita para obrar virtuosamente."**

Agrega y aclara: **"Se precisan tres requisitos para que la sociedad viva correctamente. El primero es que la sociedad viva unida por la paz. El segundo es que, la sociedad unida por el vínculo de la paz, sea dirigida a obrar bien."** Y añade al final de este párrafo: **"En tercer lugar, se requiere que por diligencia del dirigente, haya suficiente cantidad de lo necesario para vivir rectamente."**

Si bien se suele recordar como base de este pensamiento a la **Ética a Nicómaco**, en su libro primero, que señaló **que para la felicidad también se necesita de bienes externos pues es imposible o nada fácil que nos vaya bien si carecemos de recursos**, me atrevo a decir que el estagirita claramente se refería sí a los recursos económicos, pero generalizaba y también hablaba de amigos, hijos y hasta de belleza física, como partes de esos recursos imprescindibles. En el pensamiento del filósofo católico el acento, en cambio, estuvo puesto, según creo, en los bienes físicos económico-sociales, pues estaba pensando no a la manera greco-pagana, sino dentro del contexto cristiano del hilemorfismo, que no atribuye a la apariencia exterior la jerarquía que un cierto sensualismo, consustancial a otras épocas, concedía. El Doctor Angélico estaba preocupado por la justicia distributiva y la necesidad de crear bienes disponibles para todos. No me parece osado traducir ello al lenguaje nuestro actual: **Santo Tomás exigía justicia social y desarrollo económico** a los fines de que el ser humano pudiera cumplir con su fin último.

Con un sentido estrictamente laico, no se puede disentir de este criterio, porque los bienes terrenales superiores -educación, cultura, alimentación adecuada, salud, cierto bienestar- no son asequibles sin la expansión de la economía y la distribución racional y solidaria de sus frutos.

Entonces, si la paz es condición respecto de la búsqueda del bien común de las sociedades, para asegurar esa paz, por lo menos la interior de las naciones, se requiere que existan los bienes físicos necesarios a la consecución de una vida virtuosa, o sea adecuada ya sea al fin último religioso o a las metas deseables para cualquier sociedad en este mundo.

2°.- ¿Pero, está el mundo en condiciones de lograr ese objetivo? Parece una pregunta ociosa pero, en virtud de la pobreza extendida a la mayoría del género humano, y de las arbitrariedades que implica, resulta no sólo pertinente sino necesaria. Sin caer en errores trágicos de apreciación, no se pueden pasar por alto datos como los siguientes: **el 20% de la población mundial se apropia del 86% de los ingresos universales y que para el 60% de la humanidad sólo queda un 6%**; el proceso monopolizador y concentrador determina que un puñado de personas, 225, posean el equivalente al ingreso del 45% de la población, equivalente a unos 2.800 millones de almas; **3 personas -digo bien, 3 individuos- poseen ingresos mayores a los de los 48 países más pobres**; subsisten 800 millones de seres padeciendo subalimentación y se estima en un tercio los habitantes del planeta que sufren anemia; cada año, en los tiempos que corren, fallecen tantos habitantes, por enfermedades curables, como víctimas fatales hubo como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

Estamos en los tiempos de la fisión atómica, y en las proximidades de la fusión atómica que podrá traer una energía ilimitada y muy barata; somos contemporáneos de mejoramientos de los procesos de cultivos que logran una productividad no soñada hace pocas décadas; los actuales momentos son los albores de los viajes interplanetarios; y ahora se están fabricando supercomputadoras capaces de realizar 1.000 billones de operaciones por segundo. **Cuando ocurre todo esto, resulta increíble que exista la tragedia consistente en que los bienes físicos necesarios para el bien común vayan siendo cada vez menores, con relación a quienes en el mundo pueden usufructuarlos.** Ya podemos empezar a vislumbrar el porqué de las deudas externas de los países llamados del Sur.

3°.- Vinculado con lo mencionado hay un interrogante que reclama también algunas discusiones: **¿es posible que los cambios, los progresos de la ciencia y de la tecnología, no repercutan favorablemente en la realización de ese bien común o que, incluso, sean negativos y hasta destructivos?**

Con la cita de algunos ejemplos históricos se derrumba el reiterado error,

convertido en mito, de suponer que los avances técnicos de las sociedades representan, por su mera presencia, inequívocos pasos hacia el mejoramiento de las condiciones de vida. Veamos algunos ejemplos, antiguos y modernos.

Con la conformación de estructuras productivas más eficientes, objetivo logrado en el mundo romano luego de la invasión de Aníbal, se erigió la catapulta que impulsó el salto de la esclavitud doméstica a la impersonal y multitudinaria. La ruina de predios medianos y pequeños con motivo de la guerra, trajo la destrucción de la casi patriarcal sociedad rural, de un fuerte contenido democrático porque significaba un fuerte distribucionismo entre las clases medias; fue reemplazada por latifundios que desalojaron a los productores libres y que facilitó al poder concentrado. El rendimiento, efectivamente, aumentó. La emigración de grandes masas de desocupados hacia los suburbios de la capital, y las derivaciones resultantes de tensiones sociales peligrosas para el orden social, provocaron una creciente pesada militarización de la sociedad. Se debió atender la represión de los sometidos a impiadosas labores en los latifundios, y la vigilancia de las hacinadas turbas suburbanas sin labores, con expendios siempre más acuciantes para el tesoro republicano, luego imperial.

Precisamente, con el progreso de los medios de producción empleados -esa nueva técnica laboral consistente en regimentadas masas sometidas- se configuró la decadencia definitiva del conjunto de la sociedad romana.

Acerquémonos a nuestras épocas; remedando palabras del historiador Arnold Toynbee, el industrialismo ha permitido dominar el entorno físico, la propia relación con la naturaleza -y aunque esto podría ser materia de debate-, ha desatendido la relación entre los seres humanos, lo cual es irrefutable. Es que el desarrollo técnico no basta: puede ser contraproducente en orden al crecimiento cultural y al establecimiento de condiciones equitativas de vida. El nacimiento del industrialismo -una de las más grandes revoluciones técnicas de la Humanidad- se vio acompañada de dolores desgarrantes sufridos por las masas rurales y por los humildes en general. Si bien tuvieron esos dolores una atenuación relativa durante el período del llamado "Estado de Bienestar" -circunscrito, en verdad, sólo a algunos países- este limitado fenómeno está ahora en proceso de total liquidación.

Los avances técnicos y científicos de lo que algunos llaman el posindustrialismo, reactualizan con mayor intensidad la explotación del industrialismo inicial. En efecto, los avances surgidos en la robotización, en la cibernética en general, promueven miseria no solamente en la clase media y obrera, sino que también agigantan las diferencias entre las naciones avanzadas y las postergadas, siendo este fenómeno una de las causas fundamentales del tema de las deudas externas sufridas por el tercer mundo. No olvidemos una perspectiva escalofriante que nos ofrece el experto Jean-Ives Calvez: de continuarse en este tren, en el año 2015, con sólo el 8% de la población económica activa se efectuará una producción equiparable a la de hoy. No hay de qué extrañarse: al

terminar el último conflicto mundial, el 40% de las poblaciones de Italia y de Francia estaban en el campo desarrollando tareas agrarias. Hoy menos de un 6% de esas poblaciones lleva a cabo esas labores, pero en una escala de producción y de productividad mayores. Dicho sea de paso: ambos países ya buscan inmigraciones que consideran aptas y congruentes con sus estilos de vida, para llevar a cabo las actividades rurales; han empezado a carecer de mano de obra local en ese medio.

Me he detenido sobre estos ejemplos -aunque muchos más podrían suministrarse-, porque hay una creencia o esperanza, muy extendida, que supone que alguna vez, por el famoso efecto goteo -que nunca llega a regar nada-, o por el juego del libre mercado -en realidad cada vez menos libre-, o por arte de birlibirloque, los avances en las técnicas sean financieras, mecánicas, informáticas o biológicas, nos traerán bienestar; y que, por el contrario, la intervención humana a través de la política, es un factor nocivo que contradice la tendencia supuestamente natural que fluye del progreso técnico para el provecho universal.

4°.- Permítase añadir que, desde el siglo XIX, ha surgido una idolatría hacia las ciencias y sus aplicaciones que ha facilitado la aparición de un energúmeno moderno: el ser adiafórico, el individuo que no tiene en cuenta los resultados éticos, que sólo aspira a la eficiencia de los procesos inventados; se trata de una eficiencia ciega que busca el resultado en sí, desentendiéndose de las implicancias humanas. Como supone que la modernidad es una fatalidad, el ser adiafórico está convencido de que se debe seguir adelante sin miramientos, como si el progreso real no fuera eminentemente de carácter social, sino, simplemente de abstracta y neutra eficacia técnico-científica. El hombre moderno adiafórico ha sido absorbido por la mentalidad maquinista.

Los peligros implicados históricamente por estos progresos técnicos -**muchas veces plenos de ciencia pero carentes de conciencia**- también acechan a nuestra cultura, peligros que hacen a las condiciones de paz para el bien común. Obviamente, no se trata de destruir los instrumentos que propenden al mejoramiento de procesos productivos, para recrear condiciones semibárbaras de vida, sino de aprovechar el progreso material y el dominio sustentable alcanzado -y superables- sobre el entorno, para ponerlos al servicio del progreso humano en las esferas de la paz, de las aspiraciones a la justicia distributiva y al desarrollo, tal como fuera concebido por el autor principal de la filosofía sobre la que, desde hace siete siglos, se continúa meditando con reverencial respeto; tal como es concebida por líderes no necesariamente revolucionarios, pero sí movidos hacia metas de ecuanimidad social.

Por otra parte, no se podría aseverar, ingenuamente, que la pobreza será un problema erradicable enteramente de la faz de la Tierra. **Pero es, precisamente, esa capacidad desatada por la tecnología la que puede, por vez primera en la Historia, revertir situaciones horribles con una**

decisión no-adiafórica, pero sí plena de solidaridad, ni siquiera heroica y sacrificada, pero sí estimulada por el amor y el sentido ético de las relaciones sociales e internacionales.

5°.- ¿A qué me refiero concretamente cuando señalo el terreno de lo internacional? En el principio de la década de los 80, la deuda externa de la región Latinoamericana y del Caribe alcanzó a unos 300.000 millones de dólares. Ya se pagaron a la fecha no menos de 600.000 millones en concepto de intereses, pero se deben más de 750.000 millones en la actualidad, con tendencia de bola de nieve por su arrogante y devastador incremento.

El endeudamiento argentino es el que más se ha precipitado a lo largo de los años ´90: a pesar de las privatizaciones, el capital adeudado se duplicó con creces. Pero si ello ocurrió con el capital en ese período, los intereses, entre 1992 y 1999, se sextuplicaron. En tanto, la deuda privada, irrelevante en 1991, ahora se la intuye, más que conocerla exactamente, en montos ciertamente superiores a los 40.000 millones de dólares.

La América latina y el Caribe están cercados por el mismo problema. El caso argentino es grave si nos atenemos, conjuntamente, a la relación de la deuda con el PBI, con sus exportaciones y respecto de la cantidad de sus habitantes; pero, si además, se recuerda el proceso desindustrializador sufrido, y se toma en cuenta el grado mencionado de aceleramiento de la deuda, ésta revela ser la más grande del continente y, al tiempo, una de las más insidiosas del mundo.

Como me niego hablar de países "en desarrollo" y asociarme a esa mentira conceptual - semántica universalizada, que sirve a los fines de simular un progreso inexistente, subrayo que los pagos del total de los países subdesarrollados equivalen a una entrega hacia el Norte de 250 mil dólares por minuto. Con razón alguien ha dicho, y Monseñor Aguer Arzobispo de La Plata ha hecho suya la expresión, toca a los países del sur **"vivir pagando, morir debiendo"**.

Ya en 1986 la reunión de los Obispos norteamericanos alertó de manera extensa y tajante sobre el peligro que amenaza a la civilización que tuvo su origen, según los prelados de ese país, en el **"aumento espectacular en los precios del petróleo a partir de 1973, precedido por la decisión unilateral del Gobierno de los EE.UU. en 1971 de suspender la redención de dólares en oro. Hubo también -agregaron- préstamos poco juiciosos de "dinero del petróleo" por los mercados de capitales occidentales para proyectos a menudo mal concebidos así como una mala administración económica y mal enjuiciamiento conceptual por parte de muchos países deudores"**. Por ello en el documento hablaban de la corresponsabilidad y de la necesaria solidaridad, **"que traspasa las fronteras, la geografía y la economía a medida que confrontamos esta crisis en todas sus dimensiones fiscales, humanas y éticas."**

Me permito recordar que al nivel mundial (son cifras de los organismos internacionales) mueren medio millón de niños como efecto directo de la miseria engendrada por las deudas externas.

6°.- Así pues, algunos legisladores estamos, con fundamentos y legítimas preocupaciones, tratando de inspirar una atención prioritaria sobre el tema prioritario del mundo económico - social de hoy día. **Porque si se podía sostener con razonabilidad que el subdesarrollo económico era la causa material y primaria de la existencia de la mayor parte de las deudas de los países del Sur, ha llegado el momento en el que se puede afirmar que esas deudas, y sus formas de pagos, hacen imposible, a su vez, el desarrollo, en un trágico círculo vicioso.**

Y se debe partir de la razonable pregunta ¿qué hacer?

He aquí, por mi parte lo que he intentado, con la ayuda invalorable del Profesor Fernando de Estrada. La doctrina Espeche ha adquirido una cierta personería internacional; es respetada por dirigentes importantes de Latinoamérica y ha sido votada en forma unánime por la Cámara de Diputados de la Nación, el 23 de octubre de 1996 sobre la base de un proyecto de Resolución que presenté acompañado por varios legisladores. Pero fue rechazada por el Poder Ejecutivo al siguiente año. Hace poco la he reiterado y ya fue aprobada por la Comisión de RR.EE. de la Cámara Baja.

El Embajador argentino Migue Angel Espeche ha sostenido, con perseverancia, el procedimiento de remitir a la Corte Internacional de Justicia de la Haya un pedido de opinión consultiva que debería efectuarle la Asamblea General de las Naciones Unidas. Se ha procurado, de esta manera, establecer criterios legales sobre las deudas externas. Para ello se deberían tener en cuenta "los principios generales de Derecho reconocidos por las Naciones Civilizadas", como reza el artículo 38 del Estatuto de la Corte, a los efectos de resolver los casos que le sean sometidos. La decisión de la Corte no sería compulsiva sino para los propios organismos de las Naciones Unidas (lo que no es poco) como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y sentaría un importante precedente que serviría de sanción moral de fuerte peso.

¿De qué habla la doctrina Espeche, contenido de mi proyecto? Pues de la usura y del abuso de derecho, de la excesiva onerosidad de las prestaciones, de la teoría del riesgo, del enriquecimiento sin causa, de la buena fe objetiva y de la finalidad objetiva del contrato, de la lesión enorme, de la teoría de imprevisión y del principio "rebus sic stantibus", sin olvidar otro principio tan importante como es el de la corresponsabilidad de los acreedores.

Ahora bien, para llevar a cabo esta acción legal contamos con el apoyo de la

Iglesia y con la aceptación del gobierno de Italia y la buena disposición del español. Pero, se debe dar a la juridicidad un impulso político que suscite el respaldo orgánico, por empezar, de la mayoría de los países endeudados y de las grandes potencias del orbe, sin los cuales, la vía jurídica quedaría aislada y sería impracticable. Y debemos, nosotros, los argentinos, darle el impulso que está faltando al proyecto nuevamente lentificado en los meandros de las propias comisiones legislativas. Parece que falta convencimiento, fuego sagrado, para emprender la tarea en este sentido.

No se trata de excluir otros caminos que se puedan explorar. Si no se aceptan los principios y las vías de la doctrina Espeche, sería dable sostener rondas de consultas con líderes del Primer Mundo en procura de arreglos, que cabe suponer, derivarían en beneficio de los propios acreedores. ¿O acaso a éstos les conviene la cesación de pagos, las quiebras generalizadas, la agudización de problemas sociales o males similares que fatalmente sobrevendrán? **Si no se quiere ver la realidad, por el camino de la deuda externa el mundo se internará en un infierno globalizado.**

Existen otros proyectos; yo mismo he sostenido y presentado una iniciativa para solicitar un crédito especial de asistencia de unos 10.000 millones de dólares a los fines de dedicarlos exclusivamente a la producción, incluso con el monitoreo de los organismos internacionales. Es razonable pensar que si se lanza un programa de fuerte reactivación, con prioridad para "el comercio nacional", se logrará un movimiento económico-comercial del mercado interno que inducirá a la exportación y a una recaudación tributaria mucho mayor de la actual.

¿Es esto acaso una utopía? No sólo no lo es sino que, como alternativa, hay otra posibilidad que se debe realizar con decisión política, y con la cual se lograría una cantidad similar a la mencionada para fines exclusivamente productivos. En efecto, en la Argentina, la jubilación privada o sistema de capitalización - reunidas en empresas reconocidas como las AFJP- se lleva más de 4.000 millones de dólares anuales, que antes entraban al Estado y ahora se los prestan a tasas usurarias; las AFJP se cobran más de mil millones de comisiones ¿este aberrante sistema no merece una revisión, en todo caso moderada que permita una distribución de esos ingresos superiores a los 4.000 millones de dólares anuales?

Las altísimas evasiones impositivas y previsionales, de ser reducidas sólo en un 10%, cubrirían unos 2.000 millones anuales que deberían ser volcadas al circuito productivo.

Las liberalidades transaccionales que posee el sistema financiero argentino, que impone tasas exorbitantes mayores al 25% anual, con una inflación cero ¿no merecen un ajuste que permita un sistema crediticio a la producción, inexistente en el país desde hace años?

Nada de esto es utopía, ni siquiera improcedente; al contrario, es lo que se puede y se debe hacer.

7°.- Existe una propuesta sometida por Adam Lerrick y Allan H. Meltzer, del Gallito Center y de la Carnegie Mellon University, presentada al Comité Económico Conjunto del Congreso de los Estados Unidos, que ya la respaldó, y que fuera explicada por Alfredo E. Calcagno en un artículo de "Le Monde diplomatique".

La propuesta distingue entre una cesación de pagos -o default- destructiva y otra constructiva. Vale la pena subrayar que se trata de dos economistas del establishment estadounidense, que reaccionan frente a una realidad peligrosa para el orden establecido. Llegan a decir que, en caso de crisis, los acreedores podrán soportar pérdidas importantes dentro de límites predecibles, si se aceptan sus criterios. Pero, claro, salvarían de alguna manera lo que podríamos llamar "el pellejo", o sea, lo más abultado de los capitales invertidos alegremente: se estaría frente a una cesación de pagos constructiva.

La forma de operar sería la siguiente: el F.M.I. debe ofrecer al gobierno del país deudor un préstamo para que compre la deuda al sector privado a un precio "cash" fijo y menor al valor nominal. En segundo lugar, el deudor cesaría todos sus pagos al sector privado. En tercer lugar, en un plazo breve no superior a los seis meses, se reestructuraría la deuda de modo planificado y, claro, con un valor rebajado. Ahora bien, toda la deuda recomprada debería ser dada en garantía al F.M.I. y aun la mitad de los ingresos por nuevos préstamos deberían ser afectados al pago del préstamo del F.M.I. Sostienen Lerrick y Meltzer que esto sería **"un escenario muy superior al estándar de salvataje, en el que los inversores privados no soportan ningún costo por sus errores, el país a menudo continúa con una carga insostenible y el F.M.I. tiene crecientes demandas de un cuestionable deudor, cuyas refinanciaciones encubren incumplimientos del servicio de la deuda"**. Y que, claro, conducirían a la cesación de pagos destructiva.

8°.- Está visto que hay métodos y vías de atenuación de la carga insoportable de la deuda externa. Con el apoyo de las fuerzas sociales, culturales y religiosas operantes, la buena voluntad de los hombres que conducen el proceso internacional a través de los gobiernos de las grandes potencias, se podría llegar, al menos, a mejorar sustancialmente la situación lindante con el desastre que significa la deuda externa argentina.

Los otros caminos no se compatibilizan con el criterio liminar señalado: el de la paz para alcanzar el bien común.

* Presidente de la Sociedad Internacional para el Desarrollo (S.I.D.)



LA PLENA REALIZACIÓN DE LA MUJER Y LA POLÍTICA DE LAS NACIONES UNIDAS.

*Licenciada Ana Randle

Una de las muchas confusiones que vivimos en el mundo moderno gira alrededor de la definición clara y convincente de lo que se entiende por la plena realización de la mujer. Problema que se multiplica de forma asombrosa en el ambiente de las Naciones Unidas, donde se siembra gran parte de la confusión que actualmente vivimos.

¿Cuáles serán las causas de esta situación? En el ambiente de las Naciones Unidas el problema se complica por la multiplicidad de modelos culturales que se encuentran representados, factor que no afecta los derechos básicos de toda persona, pero que indiscutiblemente involucra costumbres diferentes que deben respetarse

Luego, de mucho más peso, está la forma solapada de que un grupo poderoso de mujeres instaladas en el recinto están tratando de imponer su modelo, un modelo que es más que cuestionable.

La mujer ha sufrido a través de los siglos y en casi todas las culturas un proceso de sometimiento al poder del hombre interpretando literalmente las palabras del Génesis, cuando Dios se dirigió a ella después de su caída en el pecado original: "Hacia tu esposo irá tu apetencia y él te dominará" (Gen.3,16) y no podemos dejar de alegrarnos por el reconocimiento de los derechos civiles que se ha logrado en Occidente y que ahora está penetrando en otras sociedades del mundo. Ya no se atan más los pies de las mujeres en China, la infibulación una práctica horrible de mutilación genital se usa mucho menos en África donde antes era común - y el sufrimiento del harén, una situación que solía significar casi una esclavitud, es mucho menos frecuente. Sin embargo hay situaciones de la mujer que distan de ser deseables y es invocando estos casos que el "lobby" feminista instalado en la ONU trata de imponer su propia visión.

Hace poco asistí a una mesa redonda en la sede de la ONU donde una mujer de Afganistán contó lo que padecen las mujeres hoy día en este país debido a la legislación de las autoridades fundamentalistas islámicas. Una mujer sorprendida en adulterio es apedreada hasta morir mientras que a los hombres se les manda a la cárcel. Enseguida habló otra oradora condenando indiscriminadamente a todas las autoridades religiosas fundamentalistas - ¡y presentó un listado donde figuraba la Santa Sede de la Iglesia Católica Romana! Las feministas utilizan este tipo de estrategia continuamente, invocando casos realmente horribles como para poder condenar a toda práctica religiosa. Así embrollan los conceptos.

La filosofía feminista ha ido cambiando radicalmente desde los años 60. Siempre fue muy pro homosexual, pero ahora se han agregado las siguientes ideas:

La mujer debe trabajar. Esta no es una opción sino una obligación. Los papeles de madre y de ama de casa se consideran "estereotipos negativos" que deben combatirse. (No se deben presentar estas imágenes en libros de texto de colegios, por ejemplo).

La palabra "género" reemplaza "sexo". Existen 5 categorías: masculino, femenino, homosexual (de ambos sexos), bisexual (los que tienen relaciones sexuales con ambos sexos) y transexual (operados para cambiar de sexo). Todas estas opciones son legítimas y las parejas deben tener el derecho de "casarse", de adoptar hijos o de tener hijos con métodos de inseminación artificial.

Las relaciones sexuales no tienen ninguna connotación moral y se pueden practicar con toda libertad a partir del desarrollo de la capacidad física. Lo único que interesa es que sean "seguras" y estériles. La adolescencia, por lo demás, se considera que empieza a los 10 años.

¿Quiénes están detrás de la promoción de estas ideas aberrantes? ¿Y cómo ha podido una filosofía tan alejada del sentido común llegar a establecerse como motor de la política mundial en la ONU?

Dale O Leary, en su libro "The Gender Agenda" (1) ha hecho un estudio muy bien documentado de la historia de la conquista del poder por estas mujeres que ahora dominan **todo lo que se hace en este campo** en la ONU, imponiendo su política de género en todos los órdenes. ("Mainstreaming the gender perspective"

-imponer la perspectiva de género a todos los niveles en cada colegio, negocio, familia, cada programa privado y público, a todos los niveles y en todos los países, ya fue establecida como política en la Plataforma de Beijín de 1995.). Según O Leary los grupos principales que han llevado a las feministas al poder son: 1) el lobby para reducir a la población mundial; 2) los libertarios sexuales; 3) activistas por los derechos "gay"; 4) multiculturalistas, promotores de lo "políticamente correcto"; 5) los fanáticos del medioambiente 6) marxistas progresistas; 7) postmodernistas y desconstruccionistas. Pero lo más importante es señalar la cantidad enorme de fondos que reciben de distintos grupos poderosos: por ejemplo, el Chase Manhattan Bank, la Ted Turner Foundation, la Fundación Gorbachev y muchos otros, además de varios gobiernos que son fuertemente liberales. Por lo tanto el presupuesto, por ejemplo, del Fondo de las Naciones Unidas para la Población (UNFPA) es enorme.

Habla de por sí un caso reciente: al movimiento de los Boy Scouts en los EE.UU, que acaba de decidir no aceptar a homosexuales a trabajar con ellos, se le han retirado todos los subsidios que tradicionalmente recibían del Chase Manhattan Bank y de otros organismos. Y se está discutiendo al nivel de provincias y de municipalidades si se les permitirá seguir utilizando predios de dominio público para sus actividades.

La ley de Salud Reproductiva y de Reproducción Responsable que se aprobó en la Ciudad de Buenos Aires y que se está tratando de imponer en el país entero en la Argentina es otro reflejo de este poder.

La consecuencia de toda esta política es la destrucción de la familia con la ausencia de la mujer de la casa. Los jóvenes que han iniciado desde muy temprano una vida sexual desordenada e irresponsable son cada vez más incapaces de asumir una relación permanente. Andan perdidos, sin raíces y con la correspondiente pérdida de sentido de identidad; objetos de manipuleo fácil.

¿En todo esto consiste la realización de la mujer? Según la visión cristiana, la mujer tiene la vocación como toda persona - de cumplir con su vida religiosa. La mayoría de las mujeres quieren casarse y criar a sus hijos, aunque no siempre tengan esa posibilidad o por algún motivo no lo deseen. Sin embargo esto no quiere decir que no puedan estudiar y trabajar. Cuando se casa una mujer, a lo mejor tiene que ocuparse de los chicos durante los primeros años, o trabajar a tiempo parcial, pero después, con la ayuda del marido puede seguir haciendo las dos cosas, realizándose de dos maneras.

Lo que necesitamos saber es que nuestra visión es **anathema sit** para las Naciones Unidas y se tendrá que defender y cultivar contra viento y marea en el mundo que nos viene encima.

* B.A.(Hons) Cantab, Secretaria del Movimiento Mundial de Madres (filial Argentina)

(1) The Gender Agenda. Vital Issues Press.



EL DILEMA DEL PRISIONERO EN LA LITERATURA BORGEANA

OTRO EPITAFIO PARA BENJAMIN OTALORA

Por Enrique Aschieri*

A cien años del natalicio del gran escritor argentino; ciertos conceptos inspirados en la teoría de los juegos, un capítulo del análisis económico, confrontado con algunos de sus relatos, dan pie a reflexiones sobre la naturaleza de las motivaciones que se asumen en la conducta humana.

A quienes entiendan que es imposible de antemano para un triste compadrito de los arrabales porteños, -podrían ser otros arrabales- sin más virtud que la infatuación del coraje, llegar a dominar el contrabando en la frontera brasileña - podrían ser otros crímenes, otras geografías-, Jorge Luis Borges entrega un resumen de una historia que fundamenta esa fe, en el magistral cuento -¿cuál no?- titulado "El muerto". El protagonista de "El muerto", se llama "Benjamín Otálora" (BO); una manera no lunfarda, cacofónica y hasta piadosa, de escudar al concepto orillero definitivamente drástico de gil otario. La historia que recoge el yerro de BO comienza en 1891, -el tiempo aquí es un recurso meramente literario-, cuando con 19 años cumplidos, mata de una puñalada, en un entrevero inútil, a un contrincante casual. Huye a Uruguay con recomendaciones para Azevedo Bandeira, el jefe del contrabando fronterizo con Brasil, al cual accede en circunstancias fortuitas, volviendo innecesaria la invocación al padrino. Pasan unos pocos años, y BO quiere quedarse con el negocio de Azevedo Bandeira, incluida la amante pelirroja del contrabandista. Traba relación conspirativa con Ulpiano Suárez, el guardaespaldas de Azevedo Bandeira. Enamora a la colorada, y cuando cree que Azevedo Bandeira está de capa caída, da el golpe. Transcurre un lapso durante el cual Azevedo Bandeira es desplazado del mando real. BO no ve ningún beneficio en liquidar un fantasma.

Los festejos del fin de año de 1894, encuentran a BO borracho y Azevedo Bandeira dispuesto a cortar el juego. A las doce, Bandeira ordena a sus hombres, -que ni por un instante dejaron de ser suyos-, que le arrojen la colorada a los brazos del porteño, y a esta que bese a BO. Ambos cumplen las ordenes. Y Borges nos cuenta: "Ulpiano Suárez ha empuñado el revólver. Otálora comprende, antes de morir, que desde el principio lo han traicionado, que ha sido condenado a muerte, que le han permitido el amor, el mando y el triunfo, porque ya lo daban por muerto, porque para Bandeira ya estaba muerto.

Suárez, casi con desdén, hace fuego".

Para los que están acostumbrados a razonar en términos de poder, caben pocas dudas que BO tenía un problema de legitimidad de origen. El poder que creía tener BO, respondería a lo que en idioma alemán se denomina el poder *gewalt*, es decir, aquel desconocido que proviene del más allá. Cuando enfrentó la realidad que su falta de poder no obedecía a los vientos cambiantes del hogar de las nubes, sino a algo concreto e inmediato entre los hombres como es, de nuevo en idioma alemán, el poder de *match*, esto es el poder político y su lógica por lo común desagradable e ineludible, ya era demasiado tarde. Como escribió al respecto Max Weber: "El ascenso, la separación y la eliminación del jefe cesarístico tienen las mayores probabilidades de producirse sin catástrofe allí donde la cooperación efectiva de vigorosas corporaciones representativas en el gobierno mantiene la continuidad política y las garantías constitucionales del orden civil sin interrupción alguna". Entonces, la fuerza que impulsó el percutor del Ulpiano, -al que será por estereotipia imagino grandote, de mirada clara y despejada, con prolijos afeites- estuvo en la "cooperación efectiva".

En cambio, para los criados en la disciplina económica, enredados en maximizaciones y racionalidades, malacostumbrados a ver un ordenador en donde solo hay un hombre, últimamente afamado como agente representativo, la conducta de BO despierta perplejidades. ¿Por qué BO no se avivó?. Más académicamente: ¿por qué BO no maximizó, y por contraste, se condujo a pura pérdida?; ¿es racional el comportamiento de Bandeira?, ¿y el de Suárez?.

Confianza

Las respuestas pertenecen al ámbito de la confianza. Una experiencia desarrollada por los economistas Kenneth Clark y Martin Sefton, en el espacio de la teoría de los juegos, proporciona herramientas para entender la relación entre los desconfiados gauchos y el crédulo compadrito. Clark y Sefton, partiendo del supuesto que la confianza sirve como señal de buena voluntad, asegurando colaboración en el corto plazo, y/o solidifica a largo plazo el éxito de una relación, reunieron personas desconocidas entre sí, haciéndolos participar de una serie de juegos simples, para medir los niveles de confianza y honradez que se alcanzaban entre el primero y el último de una serie propuesta. Para llevar a cabo la prueba, Clark y Sefton, se valieron de la secuencia del dilema del prisionero (sdp). El dilema del prisionero, es un tradicional recurso metodológico para estudiar la toma de decisiones que implican riesgo.

El episodio del "dilema" cuenta que dos malhechores actuando en complicidad, son atrapados a raíz de un crimen. El fiscal los encara de a uno y les ofrece el mismo trato. Luego de aleccionar al reo interlocutor de turno sobre el peso irrefutable de la prueba, que enviaría a él y a su socio por cinco años al presidio, para que confiese lo tiente con una pena de tres meses. Si ambos confiesan se van cinco años a la sombra. Si uno confiesa recibe una condena de

tres meses, pero al cómplice que no lo hace le tocan diez años. Si ambos se la juegan y niegan los hechos van tres años o menos. Se pone claramente de manifiesto que en aras del interés común lo más aconsejable es negar los hechos, y jugar a los tres años. Pero mirando el proceso desde el interés individual, las cosas lucen muy diferentes. Uno piensa: supongamos que el otro no confiesa, entonces si yo hablo, obtengo a cambio la sentencia reducida. Las cuentas resultan claras, piensa uno, ante la circunstancia de mutismo del otro: me conviene confesar. Pero, reflexiona uno: ¿Y si el otro confiesa? Si también abro la boca me aguardan cinco años. Más grave, si la juego de callado me esperan diez años. Recién después de especular, uno cae en la cuenta que antes que otra cosa le conviene abrir bien grande la boca. En el mismo momento, y en la celda aledaña el otro hace la misma elucubración y llega a las mismas fatídicas conclusiones. Resultado: disfrutaron una estancia de cinco años en la cárcel. Con sólo haberse hecho las señas del truco, es decir establecer una mínima cooperación, hubieran logrado por medio de la negación una condena a los sumo de tres años. Esta anécdota, que normalmente disgusta a quienes solo ven al egoísmo como motor eficiente de la conducta humana, revela el más fundamental resultado de la disciplina económica que analiza la acción colectiva: cuando los agentes económicos actúan en la interdependencia, racionalmente el egoísmo no siempre produce el mejor resultado.

Volviendo a Clark y Sefton, estos introdujeron una variante en el sdp, cambiando la amenaza de condena por el pago de una suma a los participantes, examinando los resultados a lo largo de diez pruebas. Los jugadores durante los diez encuentros conservaron el mismo lugar de primeros o segundos en confesar, pero iban rotando las parejas, ocultándose quien era el potencial socio del silencio. En el juego inicial, el 57% de los primeros interrogados se mostró confiado, y no confesó, en tanto que los segundos, se mantuvieron callados el 35% de las veces. Cuando se produjo el décimo juego, únicamente el 32% de los primeros en confesar, no habían hablado; y esta conducta fue recompensada por los segundos con 38% de confesiones silenciosas. A medida que avanzaban las pruebas la desconfianza aumentaba, desmintiendo la creencia tan arraigada que existen personas naturalmente confiadas, y otras naturalmente desconfiadas.

Estos economistas fueron por más, para examinar mayor cantidad de resultados, y por un lado duplicaron las recompensas en todas las pruebas; y por el otro, aumentaron el premio al que se cortare solo. Comprobaron que los cambios en los incentivos son de los más relevantes, atendiendo que en el segundo caso, ante el incremento en el costo de la confianza, la conducta de mutua conveniencia caía sustancialmente. Con estos resultados a la vista, ¿podemos visitar el relato de BO, para escribirle otro epitafio?. Las circunstancias resumidas por Borges sugieren que no; las de Clark y Sefton, si y no. Azevedo, al que imaginamos gran tahúr, movió primero y confió, esperable para Clark y Sefton con una probabilidad del 57%. Asimismo, habría un 43% de los casos en que Azevedo Bandeira, deseche cualquier trato con el corajudo

porteño. En cambio BO, sólo se hubiese comportado lealmente en un 35% de los casos. Desgraciadamente, la vida es una, y Ulpiano Suárez ya participaba de la conciencia sobre la elección hecha por BO en el campo del 65% taimado. Puede ser que le hayan tenido simpatía, -la pelirroja obvio-, pero ninguna palmadita o sonrisa adecuada superan los alcances, de acuerdo a Clark y Sefton, de la reputación bien ganada o los incentivos adecuados.

Fuga

Una zona donde nuestros dos economistas y el enorme literato confluirían en sus resultados, pero por distintas razones, sería en el caso de un repentinamente sagaz BO, que se diera cuenta a tiempo de la trampa y emprendiera la fuga. Borges, no lo dejaría; "El muerto" puede ser visto como un límite infranqueable a la vanidad. Más simplemente, Clark y Sefton no incluyeron esa perspectiva libertaria para sus prisioneros. En la hipótesis teórica se dice entonces, tratándose de un juego final, que no suma cero; lo que gana uno es mucho más de lo que pierde el otro y viceversa. En la asepsia teórica del juego se sabe que es complicado cooperar cuando el juego no se repite o es único sin revancha, o cuando la información no es pareja, o cuando los jugadores son muchos. El premio Nobel de Economía, Doglass North, advierte que "Aún cuando la teoría del juego demuestra que las ganancias de la cooperación y de la defección en varios contextos son reales, no nos proporciona una teoría que explique los costos subyacentes de negociar y la forma en que estos costos resultan alterados por estructuras institucionales diferentes". Por ejemplo, la promesa de un indulto, disuadiría cualquier estrategia de fuga, o cooperación para el silencio.

Borges, opta una y otra vez, - podemos especular- por la conducta más probable, de acuerdo a la adhesión, rechazo, o piedad, que le producían los personajes emanados de su imaginación. La racionalidad que hoy podemos intuir desde el dilema del prisionero sale fortalecida, por ejemplo; en las gigantescas conspiraciones del "Tema del traidor y del héroe", o "El hombre en el umbral". En el primer cuento, un descendiente acepta seguir con la patraña histórica de todo un pueblo, acerca de la heroicidad de uno de sus mayores, cuando en realidad era un cretino. En el segundo, un hombre antiguo "para quien el presente era apenas un indefinido rumor", le relata en pasado a un atribulado juez británico que busca a un par en la India, un muy próximo ajusticiamiento, -el del prevaricador colega escocés buscado-, reflejando el inquebrantable pacto de silencio del pueblo verdugo. La confianza es la clave en las historias referidas.

La racionalidad maximizadora se desvanece en los versos del "El General Quiroga va en coche al muere", o el "Poema Conjetural". Quiroga quiso desafiar la agonía mientras "Cuatro tapanos con pinta de muerte en la negrura/ tironeaban seis miedos y un valor desvelado." Ahí no hay acuerdo o desacuerdo posible, ni confesión o silencio que valga. Bien, muy bien dice Borges: "la

muerte que es de todos, arreó con el riojano". Tanto como para un desangelado Francisco Laprida de entereza envidiable, confesando minutos antes del atentado contra su vida, siempre conciente de su destino sudamericano: "El círculo se va a cerrar. Yo aguardo que así sea". Ambos movieron en segundo término, y no pudieron o no quisieron, -vaya a saber con que vana esperanza- enfrentar la jugada adversa.

En la obra borgena, la conveniencia de no confesar, se observa en el mago azteca Tzinacán protagonista de "La escritura del Dios". El mago, prisionero del conquistador español, Pedro de Alvarado, tomo la decisión terrena, mortal, menor, de no confesar donde estaba el tesoro, pero hizo un opción moral terriblemente fuerte, trascendental: se negó así mismo, conjurar las palabras para estar por sobre los hombres, para volverse un Dios. Reflexionó Tzinacán : "Qué le importa la suerte de aquel otro, qué le importa la nación de aquel otro, si él, ahora es nadie. Por eso no pronuncio la fórmula, por eso dejo que me olviden los días, acostado en la oscuridad".

Tzinacán, se fugo de él mismo, del otro. Pero eso es literatura, por cierto una gran literatura, a la que nos hemos atrevido a tomar como sostén para una aplicación modesta de un capítulo de la teoría económica muy vasto y complejo. En la realidad, nadie se puede fugar de si mismo, del otro, debe enfrentar decisiones como las modelizadas por el dilema del prisionero, o fugarse de todo.

*Miembro del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CERN). Universidad Católica de La Plata (UCALP).

